

allí estaba bien. Pero ya que hizo el tránsito a la biblioteca, ha de encontrarse un lugar, no al lado de Pedro Cieza de León, pero sí junto a Lucas Caballero, o tal vez codo a codo con Cepeda Zamudio.

GERMÁN PATIÑO

Ahora con ustedes... Tongolele

Crónicas casi históricas

Ramón Illán Bacca

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 1990,
140 págs.

Con prólogo de Germán Vargas, *Crónicas casi históricas* reúne 39 textos publicados por Ramón Illán Bacca en periódicos y revistas nacionales entre 1975 y 1990. El libro, dividido en cuatro partes por un criterio temático (aunque algunos textos son intercambiables), presenta, sin embargo, una evidente unidad fundada en una actitud común: el humor, la irreverencia frente a los grandes temas y la preferencia por aquellos motivos aparentemente triviales, intrascendentes. "El juego consistía en recobrar tan sólo lo insignificante, lo inostentoso, lo perecido", esta frase de Horacio Olivera en el primer capítulo de *Rayuela* bien podría servir como epígrafe (o arte poética) de esta obra llena de frases memorables.

La primera parte, "Historias con guiños", recoge nueve escritos cuyos vínculos más notorios son: la presencia de algunos personajes que se reiteran (grandes caudillos: Gaitán, Hitler, Perón; espías o visitantes extranjeros en Colombia); una época relativamente unitaria (la primera mitad del siglo) y cierta continuidad espacial (Europa y Colombia, con alguna excepción). Estas crónicas relatan o pintan el fin de la *belle époque* y el choque o encuentro desigual entre las culturas europea y americana. Una de las preocupaciones fundamentales

del autor es la forma como nos ven y lo que dicen los europeos de nosotros (para Christopher Isherwood, por ejemplo, Gaitán es "un hombre de muchos dientes"), la inautenticidad de los criollos frente a las visitas foráneas (cuando el conde Fernando de Lesseps llegó a Barranquilla en 1879 se reemplazaron provisionalmente el gobernador y el alcalde, mulatos, no de buen ver, por otros, blancos) o la desadaptación de los que viajaron al exterior ("Prefiero estar muerto en París que vivo en Santa Marta, frase muy aplaudida entre las clases altas de los años 20").

"Saltos y sobresaltos de un lector" es, en apariencia, una parte dedicada a la literatura: en realidad al cronista le preocupa la vida literaria. Aunque de vez en cuando emite algún juicio (Amilkar U. fue un escritor "más importante que bueno"), lo que interesa son las anécdotas relacionadas con autores menores o marginales por su anacronismo, con frecuencia *best-sellers*: Henry R. Haggard, Hernando de Bengoechea, Juanita Sánchez L., David Sánchez J., J. M. Vargas Vila, Pierre Benoit, Gonzalo Arango y los nadaístas, entre otros. Al margen de estas notas está un homenaje agradecido, si bien nunca zalamero, al crítico Germán Vargas, con motivo de sus primeros setenta años: "El patriarca sin otoño".

"Arias, aires y desaires" relata las experiencias del cronista como melómano. Como en los "Saltos...", lo que concentra su atención, más que las presentaciones musicales en sí, son los movimientos y comentarios anónimos que saltan de las butacas, aunque de vez en cuando emita alguna opinión desfavorable sobre los experimentos vanguardistas de Zumaqué.

"Y ahora con ustedes... ¡Tongolele!", la parte en que se mueve como a sus anchas el autor, cuenta y comenta sus relaciones con la cultura de masas, lo *Kitsch* y lo cursi, la música popular, los reinados de belleza, la vida cotidiana de los monarcas europeos, el turismo, el cine, el carnaval. Un texto un poco al margen es la crónica de la desolación del cronista por la pérdida de su gato "Fellino Fellini". Mediante estos textos, Ramón Illán Bacca entra de

lleno, sin complejos de ninguna clase, en esa zona de la creación literaria que ha hecho famosos a Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Carlos Monsiváis y Manuel Puig.

Cuando el autor titula su libro *Crónicas casi históricas*, podría pensarse que el adverbio *casi* alude a esa voluntad de apartarse de los temas trascendentales, del rigor minucioso de los historiadores profesionales. Me parece que la razón es otra (aquí el rigor no falta): los saltos y sobresaltos de un autor que pasa sin transiciones del dato verídico a la invención pura, con lo que convierte estos textos en crónicas "casi" literarias, de no ser por la leve dependencia de las crónicas frente a la realidad. Quizá más apropiados hubieran sido títulos como "Diario de un escritor", "Agenda de trabajo" o "Bloc de Notas".



En efecto, si relacionamos estos textos con la novela *Déborah Krueh*, de aparición casi simultánea, caemos en la cuenta de que constituyen una obra subsidiaria. La fecha de la mayoría de las crónicas (1974-1986) coincide con el proceso creador de la novela cuyos primeros capítulos aparecieron como cuentos en 1976. "En la guerra no hay manzanas" y en 1979 "Si no fuera por la zona caramba" y "La apoteosis de Mari Puspán", luego recogidos en el volumen misceláneo *Marihuana para Goering*. Muchas de las crónicas no son más que oportunidades o pretextos que aprovecha el autor para describir ambientes, objetos, personajes y espacios en los que quiere profundizar o para ensayar técnicas narrativas, afinar un lenguaje que va a emplear en las obras de ficción.



Hay entre las crónicas y la novela muchas afinidades tanto temáticas como estilísticas. Motivos, frases, anécdotas, temas de la novela aparecen aquí esbozados cuando no desarrollados de manera similar. La multiplicidad de puntos de vista frente a un suceso para llenarlo de significación o de ambigüedad es una constante de la novela que se mantiene aquí. Igual ocurre con la visión cinematográfica de la realidad: si para Mallarmé todo existía para pertenecer al libro, para Ramón Illán Bacca la plena realización de los hechos estaría en su proyección en una sala de cine. Así mismo, la preocupación por divertir, por ser agradable, sin pedanterías, de una manera casi oral, es otro vínculo entre la novela y las crónicas. Como la novela, estos textos, más que crónica, serían anticrónica social, puesto que su meta, más que la invención del prestigio social del grupo en el poder, parece ser su ridiculización, su desenmascaramiento.

Por último, una muestra más de la imbricación entre los dos géneros lo constituye la progresiva creación de un personaje ficticio, a lo largo de la obra: al terminar la lectura, adquiere consistencia literaria un personaje, el cronista, profesor sin plata, enemigo de la seriedad y los convencionalismos oficiales, devoto de lo cursi, practicante de ese juego intelectual que consiste en burlarse, en ridiculizar a los intelectuales ("culturalosos"), alérgico al ruido, lector de letras inglesas, amigo de su gato, turista barato de mochila azul y zapatos cauchosol, cultor del chisme, para quien el tiempo no se mide por números, por fechas, sino por reinas de belleza o canciones de moda, el año de Marta o de "Tócame el Trigémimo".

Quizá entre lo más destacable de este libro, además de su garantía de goce, de disfrute, esté la manifestación de un ideario estético, que no sólo nos revela la lucidez casi crónica de este autor heterodoxo, sino también las claves para la comprensión amplia del universo narrativo de este autor cuya producción apenas empieza y que, no obstante, ya constituye un aporte, no sólo dentro de la tradición de la costa, sino del país mismo.

ARIEL CASTILLO M.

Antón pirulilo Antón pirulilulá

La tierra de don Antón:
Estudio sobre Aguachica colonial
Jorge Meléndez Sánchez
Ediciones Universidad Pedagógica Nacional,
Bogotá, s.f., 114 págs.

Que el río Magdalena fue durante siglos la principal arteria del país y alma de la nación es hoy un lugar común. Nadie pone en duda que por sus aguas se forjó la integración de Colombia y penetró la modernidad con toda su carga de dramatismo.

Y la importancia del Magdalena en la historia ha sido generosamente reconocida por diferentes ciencias y disciplinas que le han dedicado una copiosa literatura, así como también ha sido motivo de inspiración para muchos compositores, poetas y cantantes. La atención que la academia ha tenido con el río, sin embargo, ha sido un tanto ingrata con las diferentes poblaciones que se asientan a lo largo de sus riberas. Quizá con la notable excepción de Mompós, los demás pueblos que le deben su vida a la navegación y al comercio por el río han sido injustamente olvidados, cuando en ellos se registra buena parte de la historia de Colombia. El origen, fundación y desarrollo de cualquier pueblo ribereño puede sintetizar fácilmente tanto la historia de la navegación por sus aguas como la historia del comercio fluvial.

Aguachica no es propiamente un puerto sobre el Magdalena; no obstante, debe su existencia al comercio que se surtía por el río y a su conexión con Ocaña. Estos factores, sin embargo, han operado contra Aguachica en el sentido de que han ocultado su importancia histórica y su papel protagónico en el desarrollo del comercio del oriente del país. Con el fin de rescatar para la historia nacional la población de Aguachica, el profesor Meléndez Sánchez ha escrito este opúsculo, que, pese a su corta extensión y a la precaria información primaria que le sirve de sustento, es un ensayo con muchas virtudes que denota una buena formación histórica del autor.

Se enfrenta con buen criterio el profesor Meléndez al problema de la falta de documentación sobre Aguachica, apelando a lo que denomina la "historia del contexto", esto es, a la interpretación del material existente sobre las dos poblaciones cuya comunicación le dio origen a Aguachica: Ocaña y Puerto Real (Puerto Nacional en la república, y hoy Gamarra). En este sentido, Meléndez sólo reconoce lo que era el concepto vigente de ciudad en el período colonial: Ocaña se funda por la necesidad del oriente y de la región de Maracaibo de tener un puerto sobre el Magdalena, puerto que física y materialmente fue Puerto